

La Promesa



*En el principio creó
Dios los cielos
y la tierra.*

GÉNESIS 1:1

El principio de toda la creación

ANTES DEL PRINCIPIO DEL TIEMPO, no había grandes árboles, ni majestuosas montañas, ni cielos estrellados. Sólo Dios existía. En su libro fidedigno, la Biblia, nos dice todo lo que sucedió.

Dios creó el cielo y la tierra de la nada. Sin embargo, el mundo no tenía forma alguna y estaba vacío. De repente, Dios dijo: “*Sea la luz*”, y se hizo la luz. Como ves, él tiene todo el poder. Creó todo lo que existe en el cielo y en la tierra usando tan sólo su palabra todopoderosa.

Dios creó todo en seis días. Así es, la creación del mundo no le tomó millones de años. La palabra de Dios, la Biblia, confirma los seis días de la creación cuando leemos: “*Fue la tarde y la mañana del primer día*”. Lo mismo dijo del segundo, del tercero y así hasta el sexto día. Cada día Dios dijo: “*Sea*”, y por el poder de su palabra todopoderosa se hizo la luz, el cielo, la tierra seca, los océanos y los ríos, los árboles verdes y las plantas, el sol, la luna y las estrellas, los peces, el ganado y los animales salvajes. Hubo un orden bien definido en todo lo que Dios creó.

Sin embargo, el sexto día creó especialmente lo mejor de todas sus criaturas vivientes. Dios creó a un hombre y a una mujer. Ellos son creaciones muy especiales por muchas razones. A Adán, el primer hombre, lo formó Dios del polvo de la tierra. Y a la primera mujer, Eva, también la hizo Dios, pero la hizo de una costilla de Adán. No cabe duda que ambos fueron hechos de una manera muy especial.

El hombre también fue una creación muy especial porque fue hecho a la imagen de Dios. Esto no quiere decir que se pareciera físicamente a Dios. El hombre no se puede parecer a su Creador porque Dios es espíritu. No es de carne y hueso como son los seres humanos. El haber sido hecho a la imagen de Dios quiere decir que el hombre, al momento de ser creado, era perfecto, sin pecado, como lo es Dios, y con un conocimiento perfecto de su Creador. De hecho, al terminar y contemplar su obra de creación Dios dijo que todo era “*bueno en gran manera*”.

Además del cuerpo, el Señor dio al hombre y a la mujer un alma. Únicamente a los seres humanos les dio el Señor ambas cosas, un cuerpo y un alma. Ninguna otra criatura viviente tiene alma.

Aparte de hacerlo de una manera muy especial y de crearlo a la imagen de Dios, al hombre se le dio el poder de gobernar sobre toda la tierra y lo que en ella había. El hombre debía cuidar de los peces del mar, las aves del cielo, el ganado, la tierra y todo lo que en ella se movía. ¡Qué responsabilidad tan grande había dado Dios a la humanidad!

Pero hoy, debido al pecado, ¡todo ha cambiado! No siempre cuidamos de la creación de Dios como deberíamos hacerlo.

Maltratamos el hermoso mundo que Dios creó; contaminamos el aire con humo negro y vapores; ensuciamos los ríos con desechos; arrojamos basura por todos lados en nuestros campos y ciudades; no conservamos la fauna y cortamos árboles sin reemplazarlos.

No nos hemos preocupado por la creación de Dios como deberíamos hacerlo. Nuestro mundo no es la hermosa creación como Dios la hizo.

Tampoco nos hemos preocupado por nuestro cuerpo. Lo maltratamos cuando comemos, tomamos o fumamos en exceso. Destruimos nuestro cuerpo con el uso de las drogas. No somos las criaturas perfectas que Dios creó en un principio.

En lugar de descuidar nuestro cuerpo y el mundo en que vivimos, debemos agradecer a Dios; darle gracias por nuestra salud; cuidar bien nuestro cuerpo; alabar a nuestro Creador con reverencia por la maravillosa forma en que fuimos formados. Ninguna otra criatura puede pensar como nosotros; usar sus manos como nosotros; tener un alma como la nuestra.

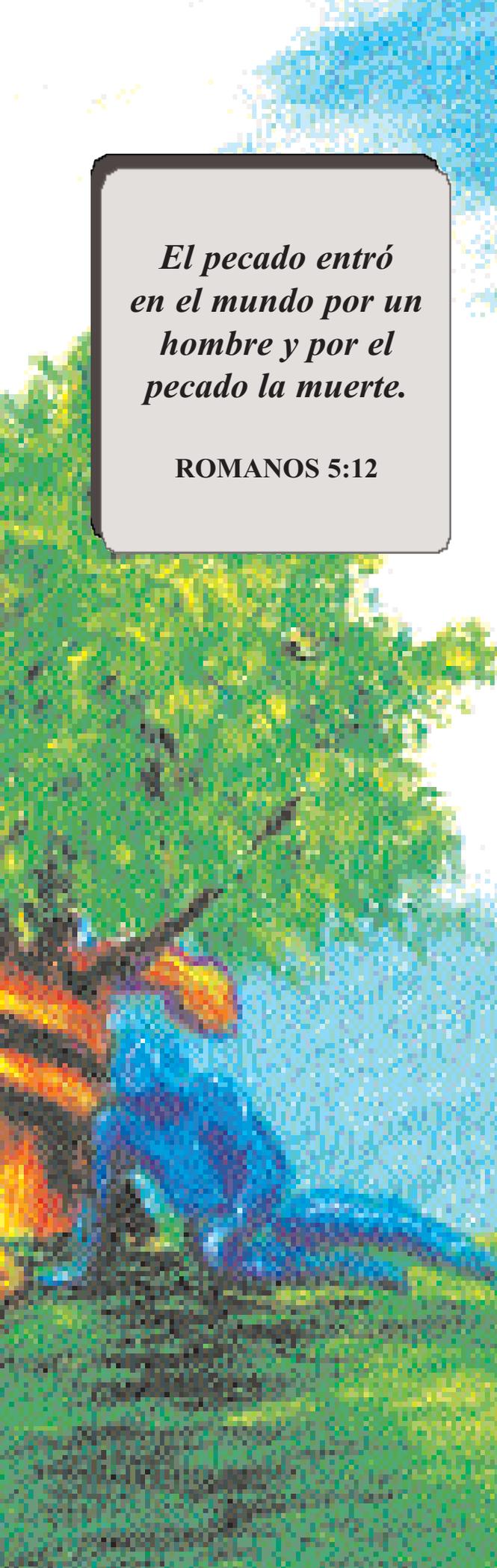
La vida es un regalo divino. Mediante la fe en nuestro Salvador Jesucristo, el Hijo de Dios, algún día regresaremos a Dios que nos dio la vida. Elevemos nuestra voz en alabanza diciendo: “¡Alabad a Jehová, porque él es bueno!”

**PARA UN ESTUDIO
COMPLEMENTARIO, LEE GÉNESIS
CAPÍTULOS UNO Y DOS EN LA
BIBLIA.**

***Y creó Dios al
hombre a su
imagen, a imagen
de Dios lo creó;
varón y hembra los
creó.***

GÉNESIS 1:27





*El pecado entró
en el mundo por un
hombre y por el
pecado la muerte.*

ROMANOS 5:12

Se anuncia la promesa

CUANDO DIOS CREÓ al hombre y a la mujer, les dio cualidades excepcionales y un papel bien definido en esta vida. Debían complementarse en una forma maravillosa; formar una familia. Pero Adán fue tentado a pecar por Eva, y ella a su vez fue tentada por Satanás. Por lo tanto, hubo terribles consecuencias que cayeron sobre la humanidad y el mundo. Veamos cómo sucedió todo esto.

Después de que Dios creó el mundo, colocó a nuestros primeros padres en un hermoso jardín que se conoce como el huerto del Edén. Éste debe haber sido un lugar maravilloso. En él crecía toda clase de árboles gratos a la vista con frutos buenos para comer. Por el huerto corría un río, que proporcionaba agua al hombre, a los animales y a las plantas. Adán y Eva eran felices allí, y el trabajo no era duro ni pesado, sino era una alegría hacerlo.

Sin embargo, el Señor dio a Adán un mandato. Le dijo que no debía comer del árbol de la ciencia del bien y del mal que se encontraba en medio del huerto. Dios dijo a Adán que moriría si comía de su fruto.

Un ángel que se volvió impío, llamado Satanás, aparece en este mundo. Satanás hace preguntas a Eva y hasta le miente, haciendo que ella dude de lo que Dios había dicho. Satanás la tienta diciendo: *“No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él [del árbol], serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios”*. Pues sí, Eva vio que el fruto del árbol prohibido era bueno para comer, así que lo probó. Luego dio a Adán algo del fruto, y él también comió. Habían desobedecido un sencillo mandato de Dios; habían pecado. Se habían acarreado la condenación de Dios sobre ellos y sobre el mundo en el que vivían. De inmediato murieron espiritualmente y con el paso del tiempo también físicamente.

Las consecuencias de la caída de Adán y Eva en el pecado se hicieron evidentes y están con cada uno de nosotros hasta hoy.

Ni tú ni yo tenemos ya la imagen de Dios. Ya no estamos sin pecado, sino somos pecadores. Ya no conocemos a Dios perfectamente.

Dios sabía lo que había pasado. Castigó a Adán y a Eva expulsándolos del huerto, y le dijo a Adán que ahora tendría que trabajar duro. El trabajo sería penoso, y así es actualmente,

¿verdad? Las espinas y los cardos crecerían en los campos de Adán. ¿Y no es así ahora? Le dijo a Adán que su cuerpo volvería al polvo del que había sido hecho, y a nuestro cuerpo le pasa lo mismo ahora. Dios dijo a Eva que daría a luz a sus hijos en medio de grandes dolores, y así pasa. También le dijo que su esposo gobernaría sobre ella, y así sigue siendo en la actualidad.

Dios no sólo es recto y justo, sino también es un Dios de misericordia y de perdón. Les dio a Adán y Eva, y a todos nosotros los pecadores, la bendita y misericordiosa promesa. Prometió enviar a un Salvador. Les dijo que el Salvador heriría a la serpiente en la cabeza, es decir, aniquilaría el poder del diablo. Sin embargo, en el proceso el Salvador sería herido. Este Salvador prometido desde los tiempos antiguos no es otro sino Jesucristo, el Hijo de Dios. Con su sufrimiento, muerte y resurrección, libra a la humanidad de la culpa del pecado, del temor de la muerte y del poder de Satanás.

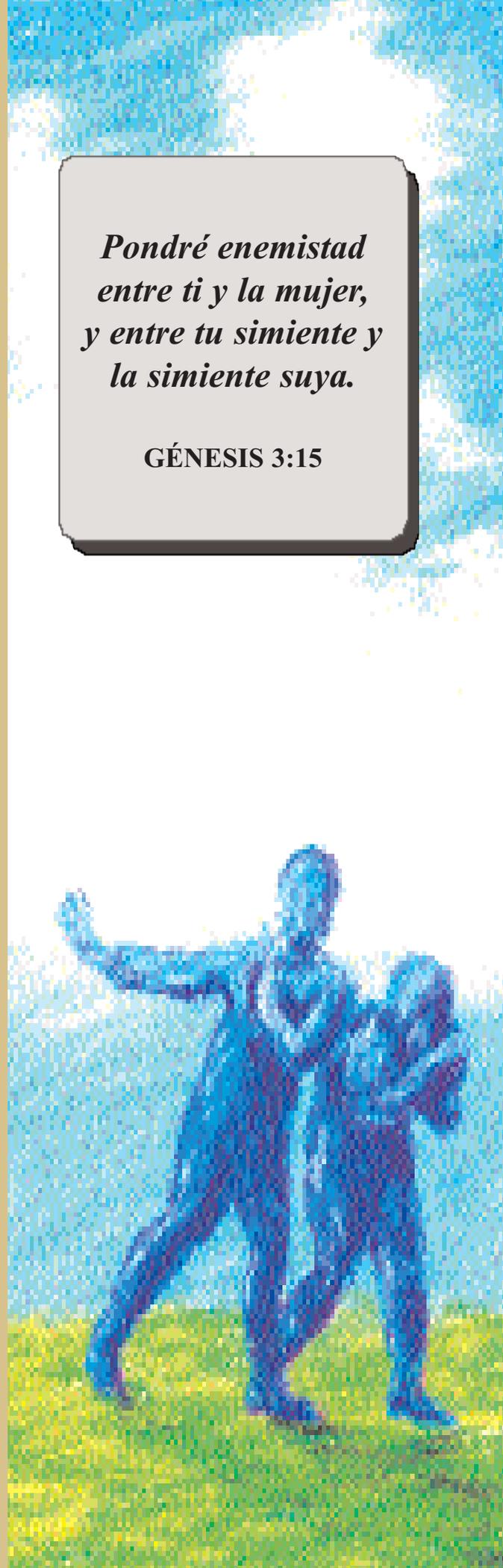
Tú y yo tenemos gran necesidad de este Salvador. Cuando venimos a este mundo, nacemos como seres humanos pecadores. Heredamos esta condición pecaminosa de nuestros primeros padres Adán y Eva. Luego, en nuestra vida cotidiana, seguimos cometiendo muchos otros pecados. No obedecemos los mandamientos de Dios. Cuando mentimos, robamos, maldecimos, tenemos deseos malsanos, perjudicamos a nuestro prójimo o consideramos otras cosas más importantes que a Dios, pecamos. Tenemos pensamientos pecaminosos; decimos malas palabras; cometemos acciones pecaminosas. Como consecuencia, tú y yo merecemos la condenación eterna en el infierno. El infierno es un lugar de tormento eterno.

Nuestro consuelo es el saber que Dios cumplió su promesa de enviar a un Salvador. Aprendemos acerca de ese Salvador en la Biblia.

**PARA SABER MÁS ACERCA DE LA
CAÍDA DEL HOMBRE EN EL PECADO,
LEE EL CAPÍTULO TRES DE GÉNESIS
EN TU BIBLIA.**

***Pondré enemistad
entre ti y la mujer,
y entre tu simiente y
la simiente suya.***

GÉNESIS 3:15



Se cumple la promesa

DESDE EL TIEMPO en que el Señor dio por primera vez la promesa a Adán y a Eva hasta que nació el Salvador, transcurrieron muchos siglos. Durante ese tiempo, Dios envió a muchos mensajeros especiales o profetas para alentar a su pueblo. La gente anhelaba y esperaba la venida de ese Salvador. Los profetas proporcionaron muchas descripciones diciendo al pueblo de Dios quién sería ese Salvador y lo que haría. Con mayor frecuencia y mayor claridad hablaron acerca del cumplimiento de la promesa. Luego, a su debido tiempo, como un relámpago y el estruendo de un trueno en un hermoso y claro día de verano, nació el Salvador de la humanidad.

Nació hace cerca de dos mil años en el pueblecito de Belén en la tierra de Israel. Nació de una virgen llamada María en un humilde establo porque no había lugar disponible donde dormir en toda la aldea de Belén.

Los ángeles celestiales anunciaron el maravilloso acontecimiento a los pastores. La Biblia nos dice que sintieron temor al ver un ángel, pero el ángel disipó su temor diciéndoles: *“No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor”*.

Dios cumplió su promesa: envió a un Salvador. El cumplimiento de la promesa es una persona muy especial. Es verdadero Dios y verdadero hombre en una sola persona. Él es uno con Dios el Padre y con Dios el Espíritu Santo.

Sabemos que Jesús es verdadero Dios porque la Biblia nos dice que estuvo presente en la creación. Él es todopoderoso y sin pecado. Dios el Padre, incluso en dos ocasiones, lo llama *“mi hijo amado”*.

Al mismo tiempo, Jesús es verdadero hombre. Esto se hace evidente porque necesitaba comer y dormir. Tenía sentimientos humanos y un cuerpo de carne y hueso.

Sin embargo, en cierta forma era diferente de todos los seres humanos. Aunque a él también lo tentó el diablo, Jesús no pecó. Fue santo y justo durante toda su vida.

Cuando este Salvador, llamado Jesús, tenía treinta años, comenzó a enseñar y a predicar las buenas nuevas. Mucha gente vino a oírlo hablar y a verlo.

Vinieron porque Jesús hablaba con gran autoridad. A menudo enseñó con parábolas, historias terrenales que tenían un significado espiritual. Una de estas parábolas es la historia de un hombre que siembra la semilla en su campo. Algunas

*Os ha nacido hoy,
en la ciudad de
David, un Salvador,
que es Cristo el
Señor.*

LUCAS 2:11

semillas caen a la orilla del camino y las aves las comen. Otras caen en terreno pedregoso; empiezan a crecer, pero se secan debido a la falta de humedad. Otras caen entre los espinos que crecen y asfixian a las plantas. Aún otras semillas caen en tierra fértil; crecen y dan abundantes frutos.

Jesús entonces explicó el significado de esta parábola. Nos dice que la semilla es la palabra de Dios. Hay personas que la escuchan, pero después viene el diablo y les quita la palabra sembrada para que no crean y no se salven. También hay otros que la escuchan con alegría y creen en ella por un tiempo, pero al enfrentarse con los problemas se desvían de nuevo. Estas personas son como la semilla que cae en tierra pedregosa. La semilla que cayó entre los espinos son aquellos que tienen la palabra en su corazón, pero las preocupaciones, las riquezas y los placeres mundanos asfixian su fe. Y por último, la palabra de Dios cae y germina en el corazón de muchos que creen en Jesús como el prometido Salvador, llevan vidas devotas y son salvos. Queremos que la semilla de las buenas nuevas acerca de Jesús llene nuestro corazón de fe, ¿verdad?

Jesús también hizo muchos milagros. Estos milagros son actos poderosos que sólo Dios puede hacer. Fueron hechos para mostrar que Jesús es el Hijo todopoderoso de Dios. Mostró su poder sobre los elementos cambiando el agua en vino y calmando la tormenta en el mar de Galilea. También mostró su poder sanando a los enfermos, a los ciegos y a los sordos. Sí, y hasta mostró su poder sobre la muerte resucitando de entre los muertos a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín y a su amigo Lázaro.

Este Jesús, cuyo nombre quiere decir Salvador, es el que Dios prometió a Adán y a Eva. Él es también tu Salvador. Y es a través de las buenas nuevas de la Biblia que puedes enterarte de lo que él ha hecho para salvarte. Que la buena semilla caiga en tu corazón para que creas en Jesús, el Hijo de Dios y que mediante su nombre tengas la vida eterna.

**LEE ACERCA DEL NACIMIENTO DEL
SALVADOR EN LUCAS, CAPÍTULO
DOS, EN TU BIBLIA.**



*El Espíritu del Señor
está sobre mí, por
cuanto me ha ungido
para dar buenas
nuevas a los pobres.*

LUCAS 4:18

Jesús cumple la promesa

¿**POR QUÉ?** ¿Por qué estaba Jesús, el Hijo eterno de Dios, dispuesto a dejar la gloria del cielo para venir a este mundo? ¿Por qué él, que era rico, estaba dispuesto a ser pobre y a vivir entre nosotros? La respuesta la encontramos en una sola palabra: ¡AMOR! Dios el Padre amó al mundo y por eso envió a su Hijo para que viviera entre nosotros. Jesús nos amó tanto que por voluntad propia pagó el precio por nuestros muchos pecados con su sufrimiento y muerte.

Jesús sin duda alguna sufrió por nosotros. Los líderes religiosos de su día deseaban matarlo. Odiaban el mensaje de perdón y amor que él predicaba. No quisieron creer que Jesús es el Hijo de Dios. Por lo tanto, con treinta monedas de plata sobornaron a uno de los discípulos de Jesús, Judas, para que traicionara al Salvador. En el huerto llamado Getsemaní, en las afueras de Jerusalén, aprehendieron a Jesús cuando estaba orando. Lo llevaron ante la corte religiosa para ser juzgado y lo condenaron por decir que él era el Hijo de Dios. Pero los judíos no tenían autoridad para matar a nadie, así que enviaron a Jesús a la corte del gobernador romano, Poncio Pilato. Allí se burlaron de él; lo azotaron cruelmente y lo coronaron con espinas. Pilato deseaba ponerlo en libertad porque lo consideraba inocente, pero la muchedumbre gritó: “¡Crucificalo! ¡Crucificalo!”

Jesús fue crucificado, es decir, clavado para que muriera en una cruz, junto a dos ladrones en las afueras de los muros de Jerusalén en un lugar llamado Gólgota. Mientras moría colgado en la cruz, Jesús habló siete veces. Perdonó a aquellos que lo crucificaron. Demostró su amor pidiendo a su amado discípulo Juan que cuidara a su madre María. Le prometió a uno de los ladrones un lugar en el cielo. Y después de sufrir por muchas horas en la cruz exclamó a gran voz: “¡Consumado es!” Jesús había cumplido la obra que había venido a hacer en este mundo. Pagó el castigo por todos los pecados de toda la humanidad, incluyendo los tuyos y los míos, con su sufrimiento y muerte inocentes. Cuando Jesús murió, la tierra tembló. El oficial romano que se encontraba a cargo de la crucifixión dijo: “*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*”.

Los amigos de Jesús lo sepultaron en una tumba cerca de allí. Una piedra redonda y pesada se rodó a la entrada del sepulcro. El gobernador puso un sello en la piedra, y una guardia que cuidara la entrada del sepulcro para que nadie se llevara el cuerpo.

***De tal manera amó
Dios al mundo, que
ha dado a su Hijo
unigénito.***

JUAN 3:16

Pero ni los guardias ni la muerte pudieron contener a Jesús en el sepulcro. Mucho antes de estos acontecimientos, Jesús había dicho a sus discípulos varias veces que él resucitaría; y así fue.

Era temprano por la mañana del domingo que nosotros ahora conocemos como Pascua de Resurrección, cuando algunas mujeres que seguían a Jesús fueron a su tumba. Se preguntaron: “¿Quién nos removerá la piedra?” Pero cuando se acercaron, vieron la piedra removida; los guardias no estaban. Lo que vieron fue un sepulcro vacío; lo que oyeron fue la voz de un ángel. El ángel tenía un mensaje gozoso: “*Sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a los discípulos que ha resucitado de los muertos.*”

Qué gran alegría inundó el corazón de las mujeres, de los discípulos y el de todos los que oyeron ese mensaje. Jesús, el Hijo eterno de Dios, que se hizo hombre y que vino a sufrir y a morir en lugar nuestro, resucitó triunfalmente y vive.

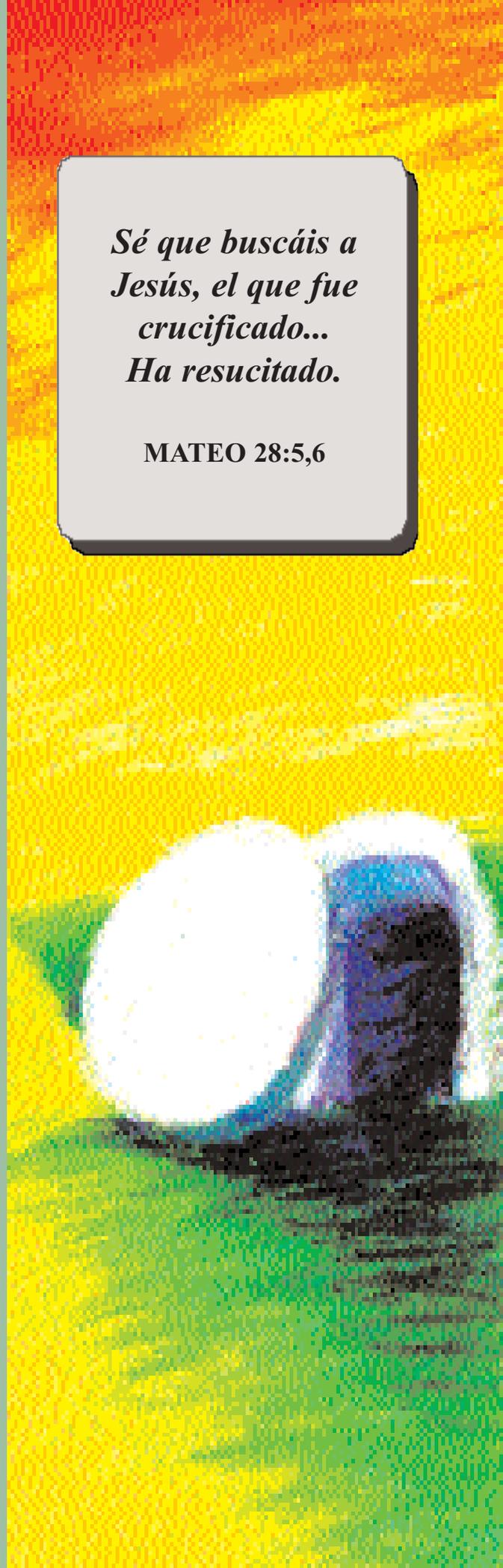
Durante cuarenta días Jesús siguió mostrándose vivo a mucha gente, incluyendo a más de quinientas personas a la vez. Después, mientras elevaba sus manos para bendecir a sus discípulos, Jesús lenta y majestuosamente ascendió al cielo. Allí está con Dios el Padre en la posición más alta de poder y honor, hasta que regrese visiblemente en el día del juicio final.

¡Qué alegría debería llenar tu corazón! Tu Salvador sufrió y murió por ti. Como sustituto llevó el castigo por tus pecados. Jesús resucitó para demostrar que él es verdadero Dios. Mediante su resurrección eres justificado, es decir, tus pecados son perdonados. Ésta es la promesa que Dios te hace hoy. Ojalá compartas esa promesa. El ángel dijo a las mujeres: “*Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos*”. Así también di a otros las buenas nuevas de que Jesús vive y es también su Salvador.

LOS CAPÍTULOS 27 Y 28 DE MATEO HABLAN DE LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS.

***Sé que buscáis a
Jesús, el que fue
crucificado...
Ha resucitado.***

MATEO 28:5,6



La promesa—eres justificado

“¿QUÉ debo hacer para ser salvo?” Ésta fue la pregunta que hizo el atemorizado carcelero griego al apóstol Pablo hace muchos siglos. Es una pregunta que muchos se hacen en la actualidad. “¿Qué debo hacer para ser salvo?” No hay nada que puedas hacer. Dios ya lo ha hecho todo al haberte salvado mediante Cristo. Él te da la promesa: tus pecados son perdonados; ya eres justificado.

¿Qué significa ser justificado? La justificación es el juicio mediante el cual Dios te declara inocente por los méritos de Cristo. Por medio de un hombre, Adán, el pecado entró al mundo y la muerte por el pecado. Asimismo, por medio de un hombre, Jesucristo, todo el mundo fue declarado justo. Cuando Jesús murió en la cruz, cargó con todos los pecados de la humanidad. La Biblia nos dice: “*Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*”. Habiendo pagado el castigo por nuestros pecados con su muerte en la cruz, Jesús resucitó triunfalmente de entre los muertos. De nuevo, la Biblia afirma: “*[Jesús] fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*”.

Dios justifica, es decir, nos perdona nuestros pecados por su sola gracia. La Biblia nos recuerda: “*Porque por gracia sois salvos*”. La gracia es el amor inmerecido de Dios. Por amor Dios envió a su Hijo a este mundo, exactamente como se lo había prometido a Adán y a Eva cuando pecaron. Fue por gracia que el Hijo de Dios, Jesús, estuvo dispuesto a llevar una vida perfecta y a sufrir una muerte inocente en la cruz. Él hizo todo esto como tu sustituto; lo hizo en tu lugar. La Biblia nos dice que “*la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo*”.

Así, como puedes ver, lo que te salva no es lo que tú hiciste o haces, sino lo que Dios ya ha hecho mediante Jesucristo. ¿Y cómo puedes apropiarte de esta salvación? Por medio de la fe en Jesucristo. “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe*”, es lo que dice la Biblia.

La fe también es un regalo de Dios. La fe en Jesús como tu Salvador, es la confianza que tienes en él. Cuando el cristiano dice “creo” quiere decir que confía en Dios y está seguro de que las promesas de Dios se cumplirán. Esta fe entra en nuestro corazón y vive por medio del evangelio, las buenas nuevas, como se encuentra en la palabra de Dios y los sacramentos del bautismo y de la Santa Cena.

Por la gracia de Dios y por medio de la fe, la cual es un don de Dios, somos justificados, declarados santos ante Dios.

***Son justificados
gratuitamente
por su gracia.***

ROMANOS 3:24

Nuestros pecados han sido cubiertos por la justicia de Jesucristo. Como resultado, Dios ya no ve nuestros pecados sino la justicia de Jesús. De este modo, por causa de Jesucristo, Dios nos declara justos y santos.

En otras palabras, Dios ya lo hizo todo; nosotros no podemos hacer nada. Y Dios nos dice esto en la Biblia: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe.”*

Contrario a esta clara palabra de Dios, mucha gente rechaza esta justicia perfecta al tratar de obtenerla mediante sus propias buenas obras. Pero sus obras son inútiles, porque Dios no quiere ni necesita nuestras buenas obras para salvarnos. La respuesta a la pregunta “¿qué debo hacer para ser salvo?” es: nada. *“Cree en el Señor Jesús”* es la respuesta verdadera. Incluso esa fe es un don de Dios dado por medio de la promesa del evangelio.

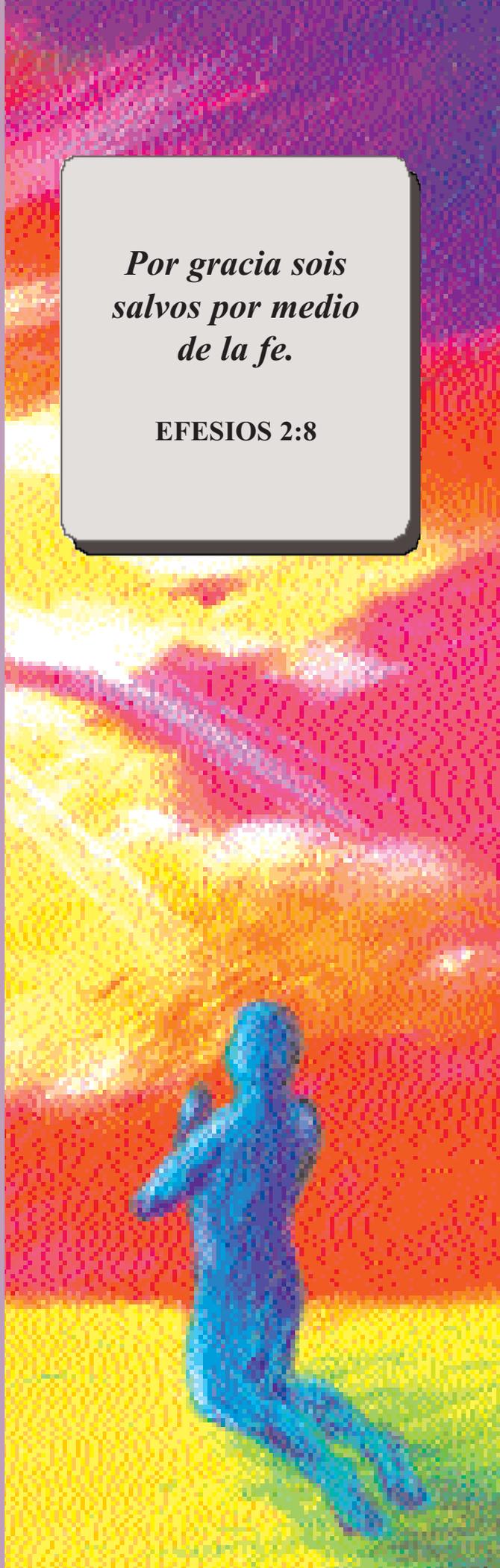
Ahora todos los creyentes pueden estar seguros del perdón de Dios porque no depende de nada de lo que hace el hombre. Si así fuera, nunca podríamos estar seguros de que ya somos salvos porque nunca sabríamos con certeza si ya habríamos hecho las suficientes buenas obras para satisfacer a Dios. Ahora, el creyente puede estar seguro de su salvación ya que ésta depende totalmente de lo que Jesucristo llevó a cabo.

En primer lugar, tu maravilloso propósito en esta vida es aprender lo que dice la Biblia sobre las buenas nuevas acerca de Jesucristo. Segundo, querrás compartir estas buenas nuevas con tus amigos, parientes y vecinos. Diles que Dios ya hizo todo. Diles que ya hemos sido justificados y perdonados por la gracia de Dios, por medio de la fe en Jesús, el Salvador.

**APRENDE MÁS ACERCA DE SER
JUSTIFICADO EN ROMANOS,
CAPÍTULO TRES, EN TU BIBLIA.**

***Por gracia sois
salvos por medio
de la fe.***

EFESIOS 2:8



La promesa—tienes paz

DIOS el Padre, Dios el hijo, Dios el Espíritu Santo. Hemos aprendido acerca del Padre y en particular acerca de su obra de la creación del mundo y de la humanidad. Hemos leído acerca de Jesucristo, el Hijo de Dios, y de todo lo que hizo para salvarnos. Pero, ¿qué hay acerca del Espíritu Santo? ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Qué ha hecho por nosotros?

En pocas palabras, el Espíritu Santo es verdadero Dios junto con el Padre y el Hijo. Los tres son uno; poderosos y santos por igual. La obra del Espíritu Santo es también de gran importancia para nosotros.

La obra del Espíritu Santo, en primer lugar, es llamarte a que creas. Te llama del mundo incrédulo por medio del evangelio en la palabra de Dios y en los sacramentos. Por naturaleza, estás espiritualmente muerto; el Espíritu Santo te da vida espiritual. Vivías en la oscuridad del pecado; el creyente ahora vive en la luz de la promesa.

La segunda obra importante del Espíritu Santo es dar al creyente muchos y maravillosos regalos espirituales. Ya sabemos acerca del regalo del perdón de los pecados, pero hay muchos otros.

Tú y yo tenemos paz con Dios; por lo tanto, no tenemos por qué sentir temor de él. Sabemos que él es un Dios de perdón y de amor. La Biblia nos dice: *“El efecto de la justicia será la paz”*.

Tú y yo tenemos esperanza. Nuestra vida cotidiana está llena de muchas esperanzas. Un niño pequeño quizá desee ir a la escuela. Un adolescente tal vez tenga la esperanza de encontrar un esposo o una esposa fiel. Una persona anciana quizá tenga la esperanza de gozar de una buena salud. Pero el Espíritu Santo nos da una esperanza mayor, nos da la esperanza de la vida eterna en el cielo. La palabra de Dios nos recuerda: *“Mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”*.

Tú y yo tenemos una vida llena de alegría. Cuando nos desalentamos o nos vemos abatidos por lo que está pasando en nuestra vida, nuestro espíritu se reanima por medio del evangelio. Acudimos a Dios en busca de ayuda sabiendo que oírán nuestras oraciones. Como resultado, nuestra vida se llena de alegría. Leemos en la Biblia: *“Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones”*.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

ROMANOS 5:1

Tú y yo tenemos consuelo. Cuando llegan días de tristeza a nuestra vida, podemos oír las palabras consoladoras de nuestro Dios en la Biblia: *“Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado”*.

Aparte de darnos tantos dones espirituales, el Espíritu Santo nos guía a odiar el pecado y a estar deseosos de llevar una vida santa llena de buenas obras. Una buena obra es todo lo que un creyente hace para seguir la voluntad de Dios por amor y agradecimiento por toda la bondad de Dios.

Como resultado de nuestra fe en Jesús, perdonaremos y seremos bondadosos con los demás así como Dios, por causa de Cristo Jesús, nos ha perdonado. Querremos ser pacientes y amables con nuestro prójimo; la amabilidad es una característica del creyente. Querremos controlar nuestro temperamento, nuestros deseos malsanos y los excesos en nuestros malos hábitos personales. Todas estas virtudes, creadas mediante la obra del Espíritu Santo por medio del evangelio, son parte de la vida de un cristiano.

No obstante, aún hay otra obra que el Espíritu Santo lleva a cabo en nuestra vida. El diablo, los no creyentes de este mundo, y nuestra propia carne pecaminosa tratan de debilitar nuestra fe. Tratan de que no hagamos buenas obras. El Espíritu Santo es el que fortalece y renueva nuestra fe durante toda nuestra vida hasta que vayamos al cielo a gozar de la dicha eterna.

Dios quiere que tú seas salvo; por lo tanto, necesitas oír y estudiar la palabra de Dios. Es necesario que dejes al Espíritu Santo crear la fe en tu corazón y te guíe a llevar una vida cristiana. Permite que esta palabra brille en tu corazón. Si no tienes una Biblia, consigue una; y si la tienes, léela. Especialmente en los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan aprenderás más acerca de Jesús. Él tiene las palabras de vida eterna para ti.

**ANÍMATE A LEER EL CAPÍTULO
CINCO DE ROMANOS EN TU BIBLIA.**

***Mi poder se
perfecciona
en la debilidad.***

2 CORINTIOS 12:9





*Jesús contestó:
“Yo soy el camino,
la verdad y la vida”.*

JUAN 14:6

La promesa lleva a la vida eterna

SI UN HOMBRE muere, ¿vivirá de nuevo? El ateo dice que “no”; el filósofo contesta que “quizás”. Sólo un hijo de Dios que cree puede responder con toda seguridad y determinación que “sí”. Un creyente puede decir que sí porque su respuesta se basa en la fe en Cristo Jesús.

Fue Jesús quien prometió: *“Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”* ¿No morirá? ¿Acaso no hemos estado al pie de la tumba de nuestros seres queridos? ¿No vemos que la muerte nos espera también?

Sin duda alguna, un día nuestro cuerpo va a morir y será sepultado. Sin embargo, como sabemos, el hombre también posee un alma. La muerte es la separación del alma y el cuerpo. El alma sigue viviendo después de que el cuerpo muere. El alma del incrédulo va a un lugar de sufrimiento eterno llamado infierno. Allí permanece con el diablo y sus seguidores; allí soporta tormentos por toda la eternidad.

Por otra parte, el alma del creyente va inmediatamente al cielo, el lugar especial de Dios. Allí vive con Dios y con todos los creyentes, así como con sus santos ángeles.

En el día final de este mundo, Jesús vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Ese día, resucitará el cuerpo de todos los que han muerto, y se volverá a juntar con su alma. Por un lado, el cuerpo y el alma del que no creyó serán enviados al tormento eterno del infierno. Por otro lado, el cuerpo glorificado y el alma del creyente vivirán eternamente con regocijo en el cielo.

No sabemos exactamente cómo será el cielo, pero la Biblia nos dice muchas cosas acerca de cómo será en el cielo. Nos dice que estaremos ante Jesús y que será un lugar de gran gozo y felicidad. Allí ya no habrá dolor, ni sufrimiento, ni llanto, ni muerte porque toda la maldad que sufrimos en la tierra habrá desaparecido. Será un lugar de dicha eterna. En el cielo nos reuniremos con nuestros seres amados que murieron en la fe de Cristo Jesús.

En el cielo nuestra voz se unirá a la de los santos ángeles que rodean el trono celestial de Dios. Cantaremos alabanzas a nuestro Dios y Salvador diciendo: *“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”*. Junto con los

ángeles cantaremos con gran gozo: “¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era y que es y el que ha de venir!” Con expectativa, todo hijo de Dios debe esperar con ilusión el día en que estaremos en el cielo en compañía de nuestro Salvador.

Hay una pregunta, por lo tanto, que debes responder. Si murieras esta noche, ¿a dónde irías? ¿Iría tu alma al cielo o al infierno? Y si vas al cielo, ¿por qué Dios te permitiría entrar? Recuerda que Dios exige que tu vida sea perfecta. Él dijo: “*Sed santos, porque yo, Jehová, soy vuestro Dios*”. ¿Qué ve Dios en tu vida? Ve el pecado. Dios nos advierte: “*El alma que peque esa morirá*”.

Muchas personas niegan ser pecadoras. Tratan de salvarse diciendo: “Soy mejor que los demás. Trato de hacer lo bueno.” Sin embargo, Dios nos dice: “*Por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado*”, ni perdonado. ¿Qué podemos hacer? Dios ya lo ha hecho todo para tu salvación. Te salva por medio de Jesucristo. Jesús vino a “*buscar y a salvar lo que se había perdido*”. Jesús llevó una vida santa en tu lugar y murió por ti en la cruz soportando tu castigo. Ahora Dios te declara justo por los méritos de Cristo. La promesa de Dios para ti es: “**CREE EN EL SEÑOR JESUCRISTO Y SERÁS SALVO**”.

POR FAVOR, LEE APOCALIPSIS CAPÍTULO SIETE EN TU BIBLIA PARA QUE TENGAS UNA IMAGEN DEL CIELO.

ORACIÓN

Querido Dios, en tu palabra me enseñas muchas cosas. Aprendo que soy un pecador que necesita un Salvador. Tú me has mostrado a Jesucristo. Él es mi Salvador. Por el poder del evangelio que usa el Espíritu Santo, te pido que abras mi corazón y mi mente. Permite que siempre crea en Jesucristo. Por medio de él llévame a la vida eterna en el cielo. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén

***Dios enjugará toda
lágrima de los
ojos de ellos.***

APOCALIPSIS 7:17

Autor:

Harold A. Essmann

Ilustraciones:

Patrick McCrae

Diseño:

Mark Brunner

Traducción:

Cristina Zimdars

Revisión:

Ruth Haeuser

PARA MÁS

INFORMACIÓN

Favor de escribir a:

*Las citas de la Biblia son de la
Versión Reina-Valera, Revisión de
1995, © 1995. Usada con permiso.
Copyright © 1997-WELS-BWM*

3ª Edición

Fifth Printing, 2005

WELS-The Promise-Spanish
Impreso en los Estados Unidos

Catalog No. 38-7118

